

CONCIERTO DE MUSICA MILITAR «HOMENAJE A AMERICA»



Señor Mayor de Batallón de Infantería de Castilla, Fijo de Campeche

460)

AUDITORIO NACIONAL
Madrid. 18 de Noviembre de 1992

CONCIERTO DE MUSICA MILITAR «HOMENAJE A AMERICA»

Banda Sinfónica de la Guardia Real
Banda de Música de la Agrupación del C. G. «Inmemorial del Rey»
Banda de Música de la Agrupación de Infantería de Marina
Banda de Música del Cuartel General del Mando Aéreo Central
Banda Especial de la Dirección General de la Guardia Civil

Madrid, 18 Noviembre 1992
Auditorio Nacional

Patrocinado por:



INDUYCO

Edita: Ministerio de Defensa (DRISDE)
Depósito Legal: M. 36.715 - 1992
Nipo: 076-92-043-0
Imprime: Artegraf. Sebastián Gómez, 5. Madrid.

El Ministerio de Defensa, con la colaboración de la Real Asociación de Amigos de los Museos Militares, ofrece este Concierto de Música Militar en «Homenaje a América» y como término de sus actividades de celebración del Quinto Centenario.

Música militar y popular de América, de Filipinas y de la Península; música del tiempo del Descubrimiento y de nuestra época americana; composiciones en honor del Descubridor y de nuestra celebración, así como una selección de música marcial de tiempos históricos componen el programa que en esta ocasión se ofrece.

Nuestro agradecimiento a la Casa Real, a los Cuarteles Generales de los Ejércitos, a la Guardia Civil, al Ministerio de Cultura y al Auditorio Nacional, y a todos los que han hecho posible, con su ayuda y estímulo, este paso hacia los objetivos señalados.



MIGUEL
BERBEL

ropa hombre

PROGRAMA

I PARTE

- Una jornada militar** J. TEXIDOR
- Si vas para Chile** CH. FARO
Comandante Héctor Guerrero.
Director de la Banda Especial de la Dirección General de la Guardia Civil.
- San Lorenzo** C. A. SILVA
- Serenata filipina** TRADICIONAL
Arreglo A. Martos
- El Capitán** J. PH. SOUSA
Capitán Andrés Martos.
Director de la Banda de Música del Cuartel General del Ejército.
- Fantasia Militar** E. L. JUARRANZ
- Os Infantes do 6.º** A. F. DE MORAIS
Comandante José M.ª Buján.
Director de la Banda de Música del Cuartel General del Mando Aéreo Central.
- Música de la revolución mejicana**
Arreglo F. Grau y R. Codina
- ¡Viva la jota!** P. MARQUINA
Teniente coronel Ramón Codina.
Director de la Banda de Música de la Agrupación de Infantería de Marina.

II PARTE

- Por los campos de los moros** FRANCISCO
S. XV. Adaptación e instrumentación DE LA TORRE
F. Grau.
- Gloria sea'l glorioso Rey** TRADICIONAL
S. XV. Adaptación e instrumentación F. Grau.

- Grandes guerras se publican** ANONIMO SEFARDI
S. XVI-XVII. Instrumentación F. Grau.
- Marcha de las Reales Guardias Walonas** C. JULIAN
S. XVII-XVIII. Revisión F. Grau.
- Trumpet Voluntary**
Marcha del Príncipe de Dinamarca J. CLARKE
S. XVII-XVIII. Adaptación Miguel González
Organo: Subteniente Luis Ramiro.
- Himno a Colón** LUIS L. MARIANI
- V Centenario** MOISES VIVANCO
- Pinos de Roma** O. RESPIGHI
Piano: Subteniente Luis Ramiro.
Clarinete: Brigada Miguel Grau.
Director: **Teniente coronel Francisco Grau**
Unidad de Música de la Guardia Real.

Coordinador: Antonio Mena Calvo. Capitán de Infantería. Presidente de la Sección de Música de la Real Asociación de Amigos de los Museos Militares.

*Notas al programa y
sobre la Música Militar
del Nuevo Continente
por
RICARDO FERNANDEZ DE LATORRE*

LAS OBRAS

Una Jornada Militar J. TEXIDOR

Jaime Texidor fue un compositor de música popular, cuyos títulos han llegado a desafiar el paso del tiempo, permaneciendo frescos y vivos como en los días en que se estrenaron. Tal es el caso, por ejemplo, de su pasodoble «Amparito Roca» (1925), que interpretan todas las bandas de España y algunas extranjeras, como la de los Coldstream Guards en sus paradas londinenses, con tanta prodigalidad, casi, como hacen con «El Abanico», de Javaloyes. Suyos son también «Gloria al trabajo», «Fiesta en la Caleta» y el magnífico «De Andalucía a Aragón».

Texidor, que fue músico militar de 1.º —un magnífico instrumentista— nos dejó una pieza titulada «Una jornada militar». Se trata, como él mismo la definió, de una «Fantasía descriptiva» que comienza con el amanecer en un campamento militar del siglo pasado. El despertar de la naturaleza se proyecta sobre el espíritu del soldado, renovando sus ilusiones y esperanzas. «*Las notas fuertes —dice el autor—, combinadas armónicamente con los pianísimos, dan sensación de energías que nacen y de suspiros que se ahogan...*». La diana rompe el silencio del amanecer. La serranía lejana devuelve los ecos del hermoso y vibrante toque. En otro sector del campamento, el clarín de la Caballería despierta a los jinetes. Se escucha un cornetín que toca «Atención general». Da la orden de marcha, y la tropa sale del campamento. A los sonos del himno del cuerpo, los soldados desfilan. Es como una invocación antes de iniciarse la aproximación hacia el enemigo. De pronto, suena una descarga. Es el combate. Al paso de ataque que ordenan las cornetas, sucede el choque con el adversario. Es un momento dramático que subrayan los disparos de fusilería, los gritos de los combatientes y el chocar de las armas. Un cornetín ordena el cese del fuego, que repiten las bandas de guerra. El toque de oración de nuestra música de Ordenanza es un bellissimo recuerdo a los que han caído en el combate. «*La plegaria en pleno campo de batalla —dice Texidor— forma un expresivo andante donde se recoge el tributo a la memoria de los que dieron su vida, el renacer de la esperanza y la íntima satisfacción del deber*

cumplido...» Y, para cerrar la página, la retreta, el toque que va a poner fin a la jornada militar. Pero la victoria obtenida no puede acallar los ánimos de los soldados y se escucha una alegre jota, con la que los combatientes festejan su triunfo.

Si vas para Chile CHITO FARO

Es una de las famosas expresiones de la música popular chilena. Su autor, Chito Faró —su verdadero nombre, Enrique Motto— nació, de padre italiano y madre chilena, en Valparaíso. A los diecisiete años era ya un excelente cantor y compositor que actuaba con la orquesta típica argentina de Angel Capriolo, quien le puso su nombre artístico, en memoria de un cantante argentino por el que había sentido, muchos años antes, gran admiración.

Establecido en Argentina, en 1937, Chito Faró da a conocer en la capital platense, y en sus «tournées» por todo el país, su ya amplia producción musical. En 1942 escribe la que será su obra más famosa, entre sus casi 800 títulos, «Si vas para Chile». Es una preciosa canción, donde la nostalgia, desgranada en notas musicales, nos habla del amor que quedó allá lejos:

*«Si vas para Chile
te ruego que pases
por donde vive mi amada.
Es una casita
muy linda y chiquita
que está en las faldas
de un cerro enclavada».*

Y evoca el bellissimo paisaje patrio, que contempló con ella tantas veces:

*«El pueblito se llama Las Condes
y está junto a los cerros y al cielo
y si miras de lo alto hacia el valle,
verás que lo baña un estero».*

Un canto a la hospitalidad chilena cierra el texto:

*«Campesinos y gentes del pueblo
te saldrán al encuentro, viajero,
y verás cómo quieren en Chile
al amigo cuando es forastero».*

La tonada «Si vas para Chile», que está considerada como un segundo himno nacional de este país hermano, obtuvo un enorme éxito en Madrid cuando, a fines de los años 80, la trajo en su repertorio el famoso grupo «Los huasos quincheros». Pero ya se había dado a conocer anteriormente por otros conjuntos músico-vocales y por grabaciones discográficas de origen muy diverso, como las del mejicano Pedro Vargas o la del italiano Domenico Modugno. Adaptada a los idiomas ruso, francés, alemán, portugués o griego, ha tenido grabaciones insólitas como la que llevó a cabo la Orquesta Japonesa de Jazz o la de una firma brasileña, que la ha registrado en esperanto.

En la versión bandística que aquí se ofrece, destacan ampliamente —la instrumentación está muy conseguida— todas las bellezas que encierra la inmortal obra.

San Lorenzo

C. A. SILVA

La marcha militar argentina «San Lorenzo» fue compuesta en 1901 por el director músico de aquel ejército, Cayetano Alberto Silva (1868-1920). La obra está inspirada en la resistencia que ofrece el sargento Cabral al ejército realista en San Lorenzo, provincia de Santa Fe, en 1813, y es quizá la pieza musical castrense de Hispanoamérica más difundida en el mundo. La interpretan en Inglaterra las bandas de los Life Guards y la de los Irish Guards, en Alemania la del Stabmusikkorps der Bundeswehr, y casi todas las del Nuevo Continente.

La Obra fue dedicada por Silva al entonces Ministro de la Guerra, coronel don Pablo Ricchieri, que dispuso, por decreto, se la considerara marcha militar oficial para los desfiles. Su estreno público tuvo lugar en Rosario, el 30 de octubre de 1902, en el acto de inauguración del monumento al general San Martín, que presidió el primer mandatario de la nación, general don Julio Argentino Roca. En 1908 se la dotó de letra. Fue su autor el profesor Don Carlos Javier Benielli, y su texto describe muy acertada y expresivamente el combate del que recibió su título.

En la actualidad, la célebre composición se ejecuta como marcha de honores para el Jefe del Estado Mayor General del Ejército Argentino.

Serenata Filipina

Tradicional y Arreglo de A. MARTOS

El duro castigo de la Segunda Guerra Mundial borró —a veces, sin excesiva necesidad— una buena parte de la huella inmueble, irremplazable, de España en Filipinas. Nuestro idioma, enseñado por misioneros y maestros durante siglos, ha dado paso al de otras culturas que no regatea-

ron medios para desplazarlo. No ha ocurrido así con dos tesoros de nivel espiritual, que han resistido las más duras tormentas abatidas sobre nuestra obra: la Fe y la Música. En este último ámbito, un género llamado «Rondalla» sigue proclamando gallardamente su ascendencia española. Los grupos que lo interpretan son, como aquí, y según indica su nombre, las popularísimas formaciones de pulso y púa. Títulos como «Sa Libis Ng Nayon», de Santiago S. Suárez, «Jota moncadeña», «Tinikling», la habanera «De soltera», «Pandanguham», «Timawa» o «Sampaguita» parecen salidos de un registro de aquella inolvidable formación musical del Centro Recreativo de Córdoba o de una tuna universitaria de nuestros días. Es la música de Luzón, Visayas o Mindanao, que aún proclama vivamente su estirpe españolísima.

De aquellas tierras trajimos un día un montón de temas populares que recientemente, y con destino a este concierto, entregamos a Andrés Martos para su recreación en un instrumento tan entrañable como la banda de música. Y el capitán Martos ha realizado una selección muy estudiada, que ha instrumentado magistralmente, como no podía esperarse menos de su gran preparación técnica e inspiración artística. Valses, danzas, jotas, habaneras o tangos desfilan por esta magnífica panorámica sonora que él ha titulado «Serenata Filipina».

El Capitán

J. Ph. SOUSA

John Philip Sousa es, sin duda, uno de los más importantes compositores de Música Militar de todos los tiempos. Creador de un nuevo estilo, de algo muy peculiar y diferente a todò cuando se había escuchado en este género hasta entonces, sus obras han desbordado las fronteras castrenses para imponerse, incluso, en otros terrenos. Nació en Washington (U.S.A.), en 1854, y falleció en 1932. Sousa —se ha dicho que éste no era su apellido sino un seudónimo patriótico formado por las iniciales de «Super Omnia United States of America»—, fue un niño prodigio que ofrecía conciertos de violín a los diez años y dirigía, a los dieciséis, la orquesta del Teatro de Variedades de Washington. A los veintiséis se le confió la dirección de la banda del Cuerpo de Infantería de Marina, adscrita a la presidencia de los EE.UU., al frente de la cual permanecería doce años, desde 1880 a 1892. A principios de siglo, y ya con orquesta propia, llevó a cabo Sousa una *tournee* por cuatrocientas ciudades norteamericanas y canadienses, en las que dirigió un total de tres mil quinientos conciertos. Entre 1910 y 1911 recorrió el maestro con su agrupación toda Europa, lo que le proporcionó extraordinaria fama. Durante la primera Guerra Mundial, el gobierno norteamericano pidió a Sousa que organizara y formara bandas para la Marina. El músico, siempre patriota, se entregó a un agotador trabajo que, en un brevísimo plazo, permitió la creación de cien agrupaciones

musicales para la Armada. Pero, al mismo tiempo, haciendo gala de una extraordinaria capacidad de trabajo, formó y puso en condiciones de presentarse al público la llamada Banda del Batallón de los Grandes Lagos, integrada por trescientos ejecutantes. Si como director su fama rayó en su tiempo a gran altura, ha sido su creación musical la que le ha proporcionado universal e imperecedero renombre. «Liberty bells», «The Washington Post», «Semper fidelis», «Manhattan Beach», «High School cadets», «Hand across the sea», «The invincible Eagle», «Semper fidelis», «King Cotton» y, sobre todo, «The star and stripes for ever» son títulos inmortales que no faltan en los repertorios de las bandas militares de todo el mundo.

«El capitán así, en español, es una de sus más conocidas marchas. Constituye una síntesis temática de la música de su opereta del mismo título, estrenada en 1894.

Fantasia militar

E. LOPEZ JUARRANZ

Es una obra rapsódica compuesta por Eduardo López Juarranz, uno de nuestros mejores músicos militares. Nacido en Madrid, en 1844, estudió con el célebre maestro Arrieta, autor de la ópera «Marina», y empezó a componer muy joven. Pero su verdadera vocación estaba en el atril directorial. A los 32 años ganó la plaza de Músico Mayor del 3.^{er} Regimiento de Ingenieros, en una reñida oposición. Al poco tiempo de hacerse cargo de la formación instrumental, era ésta ya la mejor banda de España. Como tal fue llevada a Sevilla para tomar parte en las fiestas que precedieron a la boda de Alfonso XII con su prima María de las Mercedes de Orleans. En aquellos días compone su inmortal pasodoble «La Giralda». Ante el éxito, el ayuntamiento hispalense encarga al músico una retreta para cerrar las celebraciones sevillanas. «La Retreta de Juarranz» se hace famosa la misma noche de su estreno. En 1895, Juarranz se hace cargo de la banda de Alabarderos. Pocos años podría disfrutar el maestro de su nuevo destino. En enero de 1897 fallecía de una afección renal. Pero dos años le bastaron para elevar la formación del Real Cuerpo a un nivel del que ya no bajaría jamás.

Su «Fantasia Militar» es una composición de forma totalmente libre. Debió crearse para su interpretación en los períodos de descanso de la tropa, en aquellos viejos cuarteles de fines del siglo pasado. La inclusión de toques reglamentarios diversos, entremezclados con aires folklóricos, lo evidencia así. Se inicia con una intervención de la madera, que evoca el amanecer, y que va cobrando fuerza hasta llegar a la diana de Caballería. Un puente formado por unas llamadas a cargo de la corneta de Infantería nos conduce al precioso toque de Asamblea. Le sigue una brillante marcha que prepara la aparición de una «jota», en cuya «copla» destaca la intervención de dos trompetas. Unas llamadas de los clarines de los Cuerpos Mon-

tados nos introducen en una danza andaluza, este vez con solo de fliscorno, de gran expresión y belleza. La parte final es una especie de marcha aragonesa de brillante y agil conclusión.

Os Infantes do 6.º

A. F. DE MORAIS

La marcha «Os Infantes do 6.º» es una de las mejores producciones de la Música Militar portuguesa. Fue su autor el capitán director de banda del Ejército, Amílcar Fonseca de Morais, que la compuso en recuerdo de los que formaron en el antiguo regimiento de Infantería de este número. Fonseca, destinado en un tiempo en esta unidad, quiso dejar constancia de su paso por ella con esta bonita y marcial partitura que enseguida se hizo popular e interpretaron todas las bandas del ejército luso. El ilustre compositor, que ha dado además a la música castrense de su país marchas como «Cidade Invicta», «Caçadores do 1.º» o «Sales Cesar», ha tenido a su cargo durante algún tiempo la dirección de la Orquesta Ligera creada por el Ejército portugués.

Música de la Revolución Mejicana

Tradicional. Arreglo de F. GRAU Y R. CODINA

El llamado período revolucionario de la moderna historia mejicana, que se inicia en 1910, dio lugar a una amplísima floración del canto popular.

Escribe Antonio Mena, en sus interesantes trabajos sobre la repercusión del folklore en la música militar, que la forma poético-musical dominante en este capítulo fue el «corrido». Descendiente del «romance» o la «jácara» españoles, constituyó uno de los instrumentos utilizados por el pueblo mejicano para airear su realidad socio-política. Mena los divide en tres apartados: históricos, o descriptivos de las diversas etapas de la Revolución («Los mártires de Veracruz», «Madero» o «La muerte de Emiliano Zapata»); político-sociales o de reivindicación social («Los oprimidos» o «El reparto de tierras») y, finalmente, los marciales o exaltadores de hechos de armas («El sitio de Querétaro», «La toma de Ciudad Juárez» o «Los combates de Celaya»). Son muy frecuentes, y caben en cualesquiera de los tres compartimentos señalados por Mena, los que nos hablan de mujeres de la revolución, combatientes con faldas, cantineras, soldaderas o simplemente muchachas que se buscaban la vida ofreciéndose a los soldados o guerrilleros. Así, «La Adelita»:

*«En lo alto de una abrupta serranía
acampado se encontraba un regimiento
y una moza que valiente lo seguía,
locamente enamorada de un sargento».*

u otro famosísimo, «La cucaracha» (¿canción escindida, quizá, del folklore cubano?):

*«Voy a cantar un corrido
que anda en toditas las voces
de una mujer de la tropa
que todo el mundo conoce.»*

o «La Valentina»:

*«Valentina, Valentina,
rendido estoy a tus pies.
Si me han de matar mañana,
que me maten de una vez.»*

o «La rielera» o «La Marieta». Y docenas más.

Para representar esta parcela del canto popular mejicano relacionado con las armas, hemos elegido los tres primeros títulos, una marcha y dos «corridos» —evocación sonora de los «mariachis», los entrañables grupos musicales surgidos el pasado siglo, en la afrancesada época de Maximiliano, para ambientar las bodas o «marriages»— que han servido a Francisco Grau y a Ramón Codina para trazar este colorista y vivo retablo. Se completa esta selección con una magnífica marcha titulada «Zacatecas», compuesta en memoria de la batalla del mismo nombre, en la que el ejército de Pancho Villa se enfrentó con las tropas de Victoriano Huerta, el 22 de julio de 1914, alcanzando una victoria que le dejó expedito el camino de la capital.

«¡Viva la Jota!»

P. MARQUINA

Pascual Marquina fue uno de nuestros mejores músicos militares. Su paso por las formaciones instrumentales de unidades como el Batallón de Cazadores de Llerena n.º 11, el Regimiento n.º 2 de Zapadores-Minadores del entonces Cuerpo de Ingenieros o la banda de los Guardias de Asalto, dejó una preciada estela de composiciones del género castrense. Desde su magnífica marcha de 1909, «La toma del Gurugú», hasta el himno «A la Aviación Española», la primera partitura dedicada al entonces Servicio de Aeronáutica, en 1932-1933, pueden contarse por decenas las aportaciones de Marquina a nuestra música castrense, en la que ha figurado como uno de los más destacados cultivadores. Pero no ha sido menor su importancia en el ámbito de la composición civil. Uno sólo de sus pasodobles, «España cañí», hubiera bastado para hacerlo famoso. Creado en 1925, es hoy, quizá, la obra española con más alta liquidación de derechos de autor en

su ejecución fuera de nuestro país. Otros títulos suyos de este castizo género, el pasodoble, son «Cielo andaluz», «Solera fina» y «Gitana del Albaicín». Marquina, aragonés de pura cepa, no podía olvidar a su hermosa tierra, y, junto a todos estos títulos de marcado carácter andaluz, dio a nuestra música otro pasodoble que se ha instalado también, con todos los honores, en la historia de este españolísimo repertorio. Se llama «¡Viva la jota!».

Por los campos de los moros (Siglo XV)

(F. DE LA TORRE / Adaptación e Instrumentación F. GRAU)

En el año 1870, el escritor Gregorio Cruzada Villamil halló en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid un manuscrito musical que entregó al maestro Barbieri, no sólo insigne compositor sino gran musicólogo. Barbieri estudió concienzudamente la obra, que resultó ser una recopilación de páginas musicales españolas de los siglos XV y XVI, en las que estaban representados nuestros mejores compositores de aquellas épocas. El hallazgo no sólo supuso el descubrimiento de una buena serie de melodías hasta entonces desconocidas, sino la demostración, frente a lo que habían mantenido ciertos musicólogos extranjeros, de que, muchos años antes de la llegada a nuestro Reino de las capillas musicales flamencas, de Felipe el Hermoso, se cultivaba ya en España la polifonía. En este manuscrito se hallaron preciosos ejemplos de la música guerrera medieval, tanto de las contiendas civiles como de la Reconquista. Entre los de esta última está el precioso romance «Por los campos de los moros», original de Francisco de la Torre —veinte años cantor de la capilla del Rey Don Fernando el Católico—, obra que podemos situar en la década que precede a la conquista de Granada, y que es una auténtica marcha militar. De ella ha hecho Francisco Grau, especialmente para este concierto, una preciosa transcripción con destino a la banda.

Gloria sea'l glorioso Rey (Siglo XV)

Tradicional. Adaptación e instrumentación F. GRAU)

Es una composición anónima que se relaciona con la toma de Granada. Romeu Figueras la considera una «*oración de gracias por algunas de las victorias alcanzadas por los Reyes Católicos*». Pero su texto y su música constituyen expresiones de júbilo tan acentuadas, se advierte un tan marcado carácter himnico en todo su discurso, que nunca hemos dudado en identificar este título con la toma de la ciudad de la Alhambra.

Pertenece, como la anterior, al llamado «Cancionero de Palacio», y ha sido instrumentada para banda por Francisco Grau, que ha trabajado sobre la transcripción del P. Higinio Anglés.

Grandes guerras se publican (Siglos XVI-XVII)

Anónimo sefardí / Instrumentación F. GRAU

Uno de los capítulos más interesantes de la música popular española es el de los cantos sefardíes. Las comunidades hebreas asentadas en nuestro país desde el siglo III mantienen sus creencias, sus hábitos y sus formas de relación. Pero recogen y conservan un precioso cancionero español que se llevan en las tristes jornadas de la expulsión, exhibiéndolo desde entonces con melancólica emoción a través de los siglos. «*Este pueblo —dice Pidal— tan apegado a sus cantos, así religiosos como profanos, sacaba de España, en su memoria, un copioso tesoro de romances, y ya disperso en muy apartadas tierras, conservó con tenaz cariño esas canciones, nostálgico recuerdo de la patria perdida...*». Entre los muchos temas musicales recopilados por los estudiosos del canto sefardí, se encuentran muy atractivas evocaciones de hechos de armas. Una de ellas se titula «Grandes guerras se publican», y ha sido fuente de numerosas manifestaciones musicales populares surgidas por todo el mundo.

El arreglo para formación de viento ha sido realizado también por Francisco Grau.

Marcha de las Reales Guardias Walonas (Siglos XVII-XVIII)

Atribuida a Carlos Julián / Rev. F. GRAU

En un manuscrito denominado «*Libro de la Ordenanza de los toques de pífanos y tambores que se tocan nuevamente en la Infantería Española*», compuesto en 1761 por Manuel de Espinosa, hallamos, en 1970, una magnífica pieza militar titulada «Marcha de las Guardias Walonas». La obra es de una extraordinaria belleza y marcialidad.

Las Guardias Walonas fueron, como se sabe, una tropas reclutadas por España en los Países Bajos a fines del siglo XVI, que vinieron a la Península al segregarse aquellos territorios de nuestra Corona, y que Carlos IV conservó hasta después de la Guerra de la Independencia, con individuos que pudiesen demostrar hasta «*un cuarto de sangre flamenca*». La semilla fue fecunda, pues aún quedan en nuestro Ejército apellidos walones. Mantenían estos cuerpos su idioma, su ordenanza y su propia música, hasta la unificación de toques dictada por Carlos III en 1769. De ahí la existencia de una marcha específica de estas tropas, que firma en el manuscrito D. Carlos Julián, un músico militar de la época, que bien pudo ser el autor de la pieza o quien la recogiera y armonizara tomándola de algún cuaderno de procedencia anterior.

Alguna de esas unidades fue destinada a las operaciones del Caribe en la década de 1780. «*Muchos de estos oficiales —se ha escrito— quedaron en América y dieron lustre y apellidos importantes a la historia americana en la siguiente generación*».

Esta versión que presentamos, escrita por Francisco Grau para una actuación de la Unidad de Música de la Guardia Real en Mons (Bélgica), no es, en realidad, la escueta «Marcha de las Guardias Walonas» que figura en el manuscrito de 1761, sino una bonita glosa de su entraña melódica, para banda militar actual.

Trumpet voluntary (Siglos XVII-XVIII)

J. CLARKE / Adaptación M. GONZALEZ

No se trata de un pretexto para comparecer con una pieza militar de relieve mundial, con aceptación contrastada ya en su simple versión tradicional. Lo prueba el hecho de haber encargado una especial del título para su estreno en este concierto. Tratamos con ello de evocar los enfrentamientos con nuestras Armas, en la América de los siglos XVII a comienzos del XIX —Portobello, La Habana, Buenos Aires...—, de un importante adversario, el ejército inglés. Para ello hemos elegido esta pieza de tan marcada entraña marcial.

Jeremías Clarke (1659-1707) fue un compositor británico que cultivó con fortuna el género religioso, dando a conocer gran parte de sus obras en la catedral londinense de San Pablo, en la que figuró como maestro de capilla. En la de la Casa Real fue también Clarke organista y compuso para ella obras con destino al órgano y al clavecín, marchas e himnos. Autor de odas, cantatas y de dos óperas, Clarke es, no obstante, universalmente conocido por su título «Trumpet Voluntary», una magnífica pieza de música militar en la que destacan unos solos de trompeta de extraordinaria belleza.

Al evocar la historia de esta obra es necesario, primeramente, deshacer un viejo malentendido. «Trumpet voluntary» no significa «El trompeta voluntario», como vulgarmente se viene traduciendo. «Voluntary» era, en la antigua música religiosa inglesa, un solo para órgano que se interpretaba antes o después de los oficios divinos. Debían ser algo como nuestras «improvisaciones» o «tientos» —intentos— organísticos de los siglos XVI y XVII, para los intermedios de la Misa. Parece que Clarke insertó uno de estos «voluntary» en una «suite» de viento, posiblemente para trompeta solista, que llevó después a una colección de temas para clavecín, que se publicaría en 1700. Es muy posible que, a continuación, la resucitase, con aire marcial e instrumentación parecida a la de su versión primitiva con el nombre de «Marcha del Príncipe de Dinamarca» (*).

Esta obra se había atribuido hasta comienzos de nuestro siglo a Purcell —teoría que confirmó, con su autoridad, el músico inglés Sir Henry

(*) Este príncipe, llamado Jorge, era esposo de la princesa Ana, de la dinastía Estuardo, que, más tarde, entre 1702 y 1714, ocuparía el trono de Inglaterra.

Wood—, pero esta paternidad sería negada posteriormente por la musicología británica.

Miguel González ha llevado a cabo, especialmente para este concierto, una magnífica versión para trompeta, órgano —evocación instrumental de los primitivos «*voluntary*»— y banda de música, que, en las manos de este experto profesional, pone claramente de relieve las amplias posibilidades expresivas de la inmortal composición.

Himno a Colón (1892)

LUIS L. MARIANI

El «Himno a Colón» es una composición escrita especialmente para la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América. Fue interpretada por vez primera el 14 de octubre de 1892 en la Plaza Nueva, de Sevilla, por una orquesta de cien profesores, varias bandas de música —otros cien instrumentistas— y un coro formado por doscientas treinta voces.

El autor de esta obra, Luis L. Mariani, era organista seglar de la Catedral de Sevilla. Nieto de un italiano emigrado a España durante la revolución de su país, había nacido en la capital andaluza el 13 de marzo de 1858. Estudió solfeo con su tío don Emigdio Mariani, beneficiado de la Catedral y con el maestro de capilla de la misma, don Evaristo García Torres. Como instrumento elige principalmente Mariani el piano —para el que compondrá, a los dieciocho años, «Al pie de la reja»— y más tarde el órgano. Pero su interés se centra enseguida en la composición. Músico español de su tiempo, Mariani hace una incursión al género zarzuelístico con su obra «El grado de capitán», a la que seguirán títulos como «Agustina de Aragón», «El corral de la Pacheca», «Del infierno a Madrid» o «La primera tiple». En 1888 contrae matrimonio con la pianista Josefa Piazza, también de ascendencia italiana. Ambos se consagrarán más tarde a la enseñanza, creando una academia filarmónica elemental que sería el germen del Conservatorio de Música sevillano. Amplia es también la producción organística de Mariani. Citaremos de ella «Ofertorio solemne», «Misa a dúo», «Himno a María», «Letanías a Nuestra Señora» o «Bone Pastor». En 1892 estrena este «Himno a Colón», que presentamos en una versión para banda. En 1899, S. M. la Reina Regente concede a Mariani un premio por su título «Recuerdos de Andalucía». Muy digna de interés es su obra camerística, entre la que destacamos «Scherzo para violín, flauta, corno inglés y dos clarinetes» y su «Quinteto en re», ambas de 1909, y «Pequeña Suite», escrita para la Orquesta Bética a petición de don Manuel de Falla. Entre sus obras sinfónicas señalamos «Tres Suites Españolas», estrenada en 1918 por la Orquesta Sinfónica de Madrid bajo la dirección de don Enrique Fernández Arbós, y el poema sinfónico «Año Nuevo», que presenta Pérez Casas con la Filarmónica en 1921. Tres obras para orquesta y coros,

«Nocturno de concierto», «Fantasía Coral» e «Himno de la Caridad», son estrenadas también en Madrid. Sus últimas composiciones fueron «Pascalle» y «Jácara».

El maestro Luis L. Mariani falleció en su ciudad natal en 1925.

V Centenario (1992)

MOISES VIVANCO

Moisés Vivanco es una de las glorias de la música peruana. Nacido en Ayacucho en 1918, se consagró a la composición desde su más tierna edad. A los nueve años, resultaba ya galardonado por el Presidente don Augusto B. Leguía por su obra «Las pampas de Amancaes» que lo elevó a la fama. A los 20, el Mariscal D. Oscar R. Benavides, primer mandatario de su país, lo envía al frente de una misión artística para ofrecer conciertos en toda América del Sur. Más tarde, estudia el músico peruano Armonía, Composición y Contrapunto con don Manuel de Falla en Argentina. A la muerte del compositor español, marchó Vivanco a los EE.UU., como Director Musical de Capitol Records y Paramount Pictures, en Hollywood, donde permanecerá durante veintidós años. Por esta época descubre y promueve a la que llegaría a ser mundialmente famosa Ima Sumac, uno de los casos más prodigiosos de extensión que conoce el arte vocal. Desde Hollywood, Moisés Vivanco realiza giras por muchas ciudades estadounidenses, toda Iberoamérica, Europa y Asia. El maestro peruano fue también uno de los primeros invitados a actuar en la antigua URSS, donde obtendría espectaculares éxitos en los trescientos ochenta conciertos que dirigió. En 1979 se le tributa un gran homenaje en su país, ocasión en la que es condecorado por el Ministerio de Educación y Cultura y recibe el título de «Primer Embajador Artístico del Perú».

En la actualidad, Moisés Vivanco se consagra a la composición sinfónica y, de modo especial y siguiendo una entrañable inclinación, a la creación de marchas militares con carácter e inspiración peruanas. Así ha surgido su obra «V Centenario. Marcha de Honor con cornetas y tambores», que fue estrenada en el Concierto de Música Militar Española y Americana, celebrado en la Plaza Mayor de Madrid, el pasado 11 de septiembre.

Pinos de Roma (1924)

O. RESPIGHI

El recuerdo de Roma, madre de pueblos, que es una portada espiritual por la que, con el fuerte ingrediente ibérico, desembocamos en ese gran espacio que se llama la Hispanidad, corre aquí a cargo de una bella obra del compositor contemporáneo italiano Ottorino Respighi (1879-1936), titulada «Pinos de Roma». Compuesta en 1924, esta hermosa página musi-

cal completa, con «Fuentes de Roma» (1916) y «Fiestas de Roma» (1928), una magnífica trilogía que inspira al autor la Ciudad Eterna.

Nace Respighi en Bolonia, en 1879, y allí, en el Liceo Musicale, lleva a cabo sus primeros estudios. Su interés por estudiar —la música instrumental le apasionó desde el comienzo de su carrera— con Rimsky-Korsakov, le lleva a San Petersburgo, donde, para atender a su manutención y al pago de sus clases, se coloca como primer viola en la orquesta del Teatro de la Opera. Rimsky —resulta osado Respighi— es un anticipo del Strawinsky de 1913, con aquel estreno tempestuoso de «La consagración de la primavera». Su «SHEREHZADE», pateada, por atrevida, no arredra a Respighi. En 1902 escribe un concierto de piano y, tres años después, una ópera que pasará desapercibida. En 1913 lo encontramos de nuevo en el Liceo de su ciudad natal, como profesor de composición. Ganado por el nuevo estilo sinfónico francés de Debussy, Respighi se consagra, con otros compatriotas —Casella, Malipiero...—, a un impresionismo nacionalizado, no exento de rasgos románticos, que produce grandes atractivos sonoros como los de las «Fuentes», que Toscanini le estrena en 1918. Seis años después vendrá el éxito de «Pinos».

«Pinos de Roma» es un poema sinfónico que se inspira en paisajes urbanos en los que la frondosidad de estos árboles resulta característica. Empieza, según el propio Respighi, con «*un grupo de niños que corretea entre los pinos de la Villa Borghese en una soleada mañana, cantando canciones infantiles y jugando a soldaditos...*». En el fondo se escucha una pequeña marcha (*Allegretto vivace - Vivace*). Un tiempo *lento* nos sitúa en las proximidades de una catacumba, con un recuerdo al canto gregoriano. Sigue otro movimiento *lento* para recoger un bellissimo nocturno que tiene por escenario el Gianicolo. A la noche meridional la despierta un ruiseñor (la partitura pide aquí el empleo de una grabación discográfica con el sonido del ave). Dice el autor: «*Hay un estremecimiento en el aire. La luna llena recorta la silueta de los pinos de la colina. Un ruiseñor canta*». El último movimiento —*tempo di marcia*— nos sitúa entre los pinos de una calzada, la Vía Apia, con una evocación rica en diversificaciones sonoras y un ritmo lleno de majestuosidad, que nos traen las legiones que regresan triunfantes a la capital del Imperio. El sonido crece, inundándose los ámbitos con la visión grandiosa del autor... «*Indistinta e incesantemente* —dice Respighi— *el ritmo de innumerables pasos... una visión de glorias pretéritas, bronco sonido de trompetas, y el ejército del cónsul avanza con brillantez en la grandeza de un nuevo sol recién elevado hacia la vía sagrada, escalando triunfalmente la colina del Capitolio*».

La obra fue interpretada por vez primera el 14 de diciembre de 1924 en la capital de Italia, la ciudad que la inspiró, en un concierto dirigido por Bernardo Molinari.

La Banda Sinfónica de la Guardia Real, que ofrece aquí una versión extractada, acaba de obtener un resonante éxito con esta obra precisamente en Italia, en Turín, ciudad en la que tanto el público como la crítica han acogido las actuaciones de esta primera formación instrumental de nuestros Ejércitos con un enorme entusiasmo.

LOS INTERPRETES

MUSICA ESPECIAL DE LA DIRECCION GENERAL DE LA GUARDIA CIVIL

La Guardia Civil contó, desde sus comienzos, con formaciones musicales, tanto de infantería como de caballería. Hay constancia de que, en un acto celebrado en 1859, asiste una compañía de Guardias con su banda y música. También debieron contar con ellas, muy en sus comienzos, los Guardias Jóvenes, ya que, por una referencia de abril de 1860, se sabe que la banda de música y una compañía de alumnos fueron revistados en El Pardo por el Ministro de la Guerra y el Director general del Cuerpo. Aunque existen testimonios fotográficos y cinematográficos de diversas músicas de la Guardia Civil, no podemos concretar su existencia más que en el Colegio de Valdemoro, donde la titular del centro tiene su sede hasta 1936. Al siguiente año, el capitán director Jiménez Vaquero organiza en Valladolid una banda de música con elementos de los colegios de Guardias Jóvenes de Valdemoro y de Huérfanos de Carabineros. En 1941 se crean las músicas del Tercio Móvil y del Colegio de Guardias Jóvenes. La primera de las formaciones tuvo como director al mencionado capitán Jiménez Vaquero, a cuya muerte, en 1959, le sucede el director músico Francisco Lorenzo. Después de Lorenzo, es destinado a la unidad el capitán Fernández Sastre, y tras éste, en 1988, el comandante —más tarde, teniente coronel— Sebastián Martínez y Ortiz de Landaluze, perteneciente al Cuerpo de Directores desde 1958. En la actualidad dirige la Música Especial de la Dirección General de la Guardia Civil el comandante Héctor Guerrero Navarro. El comandante Guerrero cursó sus estudios musicales en el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid. Estudió con los profesores Victorino Echevarría (Armonía), Francisco Calés Otero (Contrapunto y Fuga), Cristóbal Halffter (Composición) y Enrique García Asensio (Dirección de Orquesta). En 1963 ingresó por oposición en el Cuerpo de Directores de Bandas Civiles de la Administración Local y en 1975 obtuvo el número uno en el de Directores de Música del Ejército. Su primer destino lo situó ante una formación musical de extraordinario prestigio en el mundo de las Armas, la de la Academia de Artillería. Al frente de la «bilaureada» ban-

da, como se conoce a esta unidad de música, permaneció Guerrero, con un breve paréntesis de destino en la División de Montaña n.º 5, once años. A lo largo de este tiempo ofreció con su formación más de sesenta conciertos en la Academia, y se le encomendó, entre otros trabajos, la realización de una nueva instrumentación del «Himno de los Artilleros». Héctor Guerrero sintonizó perfectamente con la vida cultural de Segovia, donde, aparte de dirigir numerosos conciertos populares al frente de su banda, fue requerido para dirigir temporadas de teatro lírico, condujo coros y otras formaciones. En 1979 creó, con otros dos compañeros, el Conservatorio Elemental de Música de Segovia, que fue reconocido después como oficial por el Ministerio de Educación y Ciencia, y que él dirigió hasta que su nuevo destino, la Música del Gobierno Militar de La Coruña, lo hizo incompatible. Desde 1989 a 1992 dirige Héctor Guerrero la música de la División Acorazada, y ahora, ésta de la Guardia Civil.

BANDA DE MUSICA DEL CUARTEL GENERAL DEL EJERCITO

Creado en 1939 el Batallón de Infantería del Ministerio del Ejército, se le dota, cuatro años más tarde, de una Sección de Música. En pocos años se convirtió la banda del Batallón en uno de los atractivos de las mañanas de la calle de Alcalá, con su participación en los relevos de la guardia en el Palacio de Buenavista. También en los «paseos militares» de la unidad —una vieja tradición hoy desaparecida— eran muy del agrado de todos las composiciones interpretadas por la música, con el alegre sonido de sus gaitas. En conmemoraciones y desfiles, la música del Batallón se distinguía siempre por lo espectacular de su uniforme —blancas manoplas, cordones...— y la vistosidad de su «triángulo chinesco». La música del Ministerio participó, además, en numerosos conciertos y grabaciones como la «Antología de la Música Militar de España», y en Festivales de Música, dentro y fuera de nuestro país (Mons, Mönchengladbach, Stuttgart, Münster, etc.). Fue también muy destacada su intervención en los certámenes anuales del «Premio Ejército». Dirigieron la formación, sucesivamente, los capitanes Sanz, Carré y García Polo. En la actualidad ha asumido su mando el capitán de la Escala Superior del Cuerpo de Músicos Militares Andrés Martos.

Inició el capitán Martos sus estudios musicales a muy temprana edad, con su padre, director de la Banda Municipal de Villargordo (Jaén). A esta localidad dedicaría Martos, a los quince años, su primera composición, dirigiendo el mismo su estreno con la Banda Municipal de Jaén, en uno de sus conciertos del Parque de la Alameda. Y fue precisamente en esta Banda del Batallón del Ministerio del Ejército donde el hoy capitán Martos vistió su primer uniforme militar como educando. Pasó después, por concurso —oposición, a la música de la Policía Armada. Mientras tanto, cur-

saba Martos sus estudios en el Real Conservatorio de Madrid, donde terminaría los cursos superiores de Composición y dirección de Orquesta y Coros, obteniendo las calificaciones máximas. Y en este centro docente permanecería varios años como adjunto en la asignatura de Dirección, con los maestros García Asensio y García Polo, mientras terminaba las prácticas de Profesorado y Pedagogía Musical. Ingresado en el Cuerpo de directores de Banda de Defensa, estuvo agregado a la Agrupación de Tropas del Cuartel General del Ejército, al frente de cuya Unidad de Música —tras dirigir durante algún tiempo la de la División de Montaña n.º 5— lo encontramos hoy. Martos es autor de numerosas obras, tanto sinfónicas, como de cámara, de música militar o popular, varias de las cuales han sido grabadas.

Recientemente, en octubre de este año, el capitán Martos ha ofrecido un concierto con su formación musical en San Juan de Puerto Rico, en el marco de la «Actividad Conmemorativa del V Centenario del Descubrimiento de América».

BANDA DE MUSICA DEL CUARTEL GENERAL DEL MANDO AEREO CENTRAL

Las bandas de música de nuestra Aviación nacen con la creación de nuestro Ejército del Aire. Con anterioridad a nuestra guerra 1936-1939, la Aviación contaba sólo con bandas de guerra, valiéndose, para los actos solemnes, de las músicas de unidades del Ejército. En 1940 se publican las plantillas para la constitución de tres bandas de música de las Legiones de Tropas de Aviación, coincidentes con cada Región Aérea, y de una para la Academia del Arma de Aviación (así llamada todavía). Esta música tiene, pues, su origen en la creada entonces para la Primera Legión de Tropas de Aviación, encuadrada en la Compañía de Honores de dicha unidad, después 11.ª Escuadrilla. Más tarde, quedó la música integrada en la Agrupación de Tropas y Servicios n.º 1, pasando después al Cuartel General del Mando Aéreo Central. Tiene como misión principal la rendición de honores a Jefes de Estado y de Gobierno y a aquellos jefes militares a quienes corresponda por su rango. Toman parte, además, en actos como Juras de Bandera y desfiles, así como en Festivales de Música Militar o de carácter civil. Desde su creación, la Banda de Aviación, como popularmente se la conoce, ha tenido seis directores, los capitanes, o comandantes Martín Gil (agregado), Rebollo, Gómez de Arriba, Larios, de las Cuevas y Buján. Actualmente la música tiene un segundo director, el teniente Blanco Domínguez.

BANDA DE MUSICA DE LA AGRUPACION DE INFANTERIA DE MARINA, DE MADRID.

La Armada cuenta con formaciones musicales desde muy antiguos tiempos. De las bandas de pifanos y tambores pasa a contar en el siglo XVIII

con unas agrupaciones de óboes y trompas situadas en los arsenales. En el siglo XIX corre la Marina las mismas vicisitudes del Ejército en orden a la formación de bandas. Al asumir su creación el Cuerpo de Infantería de Marina, desaparecen —aunque no totalmente— las bandas de marineros. La de la Agrupación de Infantería de Marina de Madrid se fundó en 1950 y está constituida por una selección muy rigurosa de suboficiales músicos de la Armada. Por su nivel artístico ha sido distinguida entre las formaciones musicales militares con importantes actuaciones. Muy destacadas han sido sus intervenciones en las tres Semanas Navales, celebradas en Barcelona, Santander y Almería, así como en los conciertos ofrecidos por las músicas de las Fuerzas Armadas en la Plaza Mayor de Madrid y en el Palacio de Cristal de la madrileña Casa de Campo. En el año 1970 obtuvo, por unanimidad, el Primer Premio del Certamen Nacional de Bandas Militares, que se celebró en Valencia. En 1975 fue designada para rendir los primeros honores que se tributaban a S. M. el Rey con motivo de su exaltación a la Jefatura del Estado. Desde 1980 ha participado la banda de Marina en los más importantes Festivales de Música Militar celebrados en España, en las ciudades belgas de Roselare, Ostende, Koksijde y Brujas, así como en la francesa de Albertville. Han ostentado su dirección figuras tan prestigiosas como los comandantes Sáez de Adana y Bertomeu, insigne compositor. En la actualidad está al frente de ella el teniente coronel Codina. Codina es quizá el único miembro en toda la historia del Cuerpo de Directores de las Fuerzas Armadas que compatibilizó siempre su cometido al frente de las músicas de la Marina con las tareas universitarias, aunque en todo momento vinculadas a la Armada. Especializado en Psicopedagogía, perteneció al Servicio de Psicología y Psicotecnia de la Capitanía General de la Zona Marítima del Mediterráneo, y ha actuado como coordinador de diversos centros de dicha Capitanía con el Seminario Permanente de Tecnología Educativa de la Universidad de Murcia. El teniente coronel Codina —primer director músico de la Armada que alcanza esta graduación— es también Doctor en Filosofía Pura.

BANDA SINFÓNICA DE LA GUARDIA REAL

La Unidad de Música de la Guardia Real —que tiene a su cargo toda la segunda parte de este programa— nació con este Cuerpo, en 1975, bajo la denominación de Banda y Música de la Guardia Real. Remodelada en 1980, asume la Unidad de Música de la Guardia Real, y queda integrada por una banda de música y bandas de cornetas, tambores y pifanos. Artífice de esta formación, y su director hasta 1988, en que se retira del servicio activo, es el comandante José López Calvo, una de las figuras más completas de nuestra Música Militar contemporánea. Autor del Himno de la Guardia Real y de varias composiciones dedicadas a la misma, López Calvo ha sido galardonado tres veces con el Premio Ejército de Música. Es

autor del Himno a Cuenca, su ciudad natal, y ganador del Disco de Oro de una importante entidad discográfica internacional.

En la actualidad, dirige la Unidad el teniente coronel Francisco Grau, nacido en Bigastro (Alicante), en el seno de una familia estrechamente vinculada al arte musical. Con sólo siete años, ingresa en la banda de música local y a los catorce termina sus estudios instrumentales con la máxima calificación. Inicia los superiores con el maestro Massotti, que más tarde perfeccionará en el extranjero, en las asignaturas de Composición, Dirección de Orquesta y Pedagogía Musical, disciplinas en las que está graduado como Profesor Superior. Director titular, primero, de la banda de Orihuela, ingresa Grau, por oposición, en el Cuerpo de Directores Músicos del Ejército. Desde entonces formará al frente de las bandas militares de Alicante, Melilla y el Colegio de Guardias Jóvenes «Duque de Ahumada», de la Guardia Civil. En 1988 se hace cargo de la Unidad de Música de la Guardia Real. Como compositor, Grau ha sido galardonado con los premios Ejército, Internacional Año Santo Compostelano, Maestro Izquierdo, (dos veces), Música Festera, Maestro Serrano, Villa de Madrid, Fogueres de Alicante, Ciudad de Valencia y últimamente con el «Semana Santa», de Sevilla. Es, en suma, el compositor bandístico español de todos los tiempos, con mayor número de premios.

Francisco Grau ha sido el primer director músico de los tres Ejércitos que ha obtenido la graduación de teniente coronel de su Cuerpo.

La Banda Sinfónica de la Guardia Real —son constantes sus actuaciones por toda España y países extranjeros— está protagonizando un importante ciclo de conciertos organizado por el Patrimonio Nacional en los jardines del Campo del Moro, bajo el título de «Primavera Musical en Palacio». En de abril de 1991 ofreció un memorable concierto en el Auditorio Manuel de Falla, de Granada. Recientemente ha sido la música seleccionada para interpretar veintidós títulos con destino a la «Nueva Antología de la Música Militar de España». También ha incorporado este año a su discografía el registro de veinte pasodobles de todo tipo.

Dentro del presente curso, la música de la Guardia Real española ha actuado, con enorme éxito, en Turín (Italia) y Mons (Bélgica).

NOTAS SOBRE LA MUSICA MILITAR DEL NUEVO CONTINENTE

Pocas referencias han llegado hasta nosotros sobre la música y las bandas militares de la época española del Nuevo Continente. En cuanto a los instrumentos de la Infantería, sabemos por la obra «El folklore y la música mexicana», de R. M. Campos (Méjico, 1928), que en mucha documentación de la Conquista se habla de los «Pifanos y atabaleros que acompañaban a las tropas de Cortés». Y son también numerosas las referencias a aquellos aerófonos y a los tambores —como el de la ilustración que traemos a nuestra portada— que aparecen en las láminas del Archivo General de Indias y que se relacionan con nuestras unidades a pie de la época posterior, la del Virreinato de Nueva España. José María Bueno, el gran uniformólogo, que ha estudiado con especial dedicación el material documental de Sevilla, nos ofrece en «Soldados de España» la preciosa imagen de otro tambor, ricamente uniformado, de la Infantería de Pardos (mestizos) de la Milicia de Mérida, de Yucatán, en 1767. Lo mismo podemos anotar en relación con nuestra Marina de aquellas tierras. Una R. O. de 1733 que establece la fuerza del Batallón de la Armada de Barlovento, destinado en Veracruz, menciona un pífano por cada una de las seis compañías que lo formaban. También hubo instrumentos de esta clase en Argentina, prolongándose su presencia en el nuevo ejército, en los días de la Independencia. Así nos lo revela un decreto de 2 de diciembre de 1811 que organiza los primeros regimientos del territorio emancipado, asignándole a cada compañía dos tambores y «un pito o pífano», y un tambor mayor y dos tambores de órdenes a la Plana Mayor de la Unidad. Hoy conserva estos instrumentos el prestigioso Cuerpo de Patricios, fundado en 1806 e integrado entonces exclusivamente por criollos, que tomó parte, ya tras la Independencia, en la Campaña de Oriente —expedición a Uruguay—, a las órdenes del general Manuel Belgrano. Los Patricios interpretan aún partituras españolas de Ordenanza, como la «Marcha de Fusileros» o la «Llamada»— hoy, «Marcha de Infantes»—, del cuaderno editado por orden de Carlos III en 1769. Las añejas sonoridades de los pifanos, unidas a la be-

lleza de los uniformes de estos Patricios, que han llegado sin variación hasta nuestros días, parecen transportarnos a otros tiempos.

Siguiendo la evolución que experimentan los instrumentos reglamentarios de nuestra Infantería para la transmisión de órdenes, vemos, por los estados militares de Ultramar, cómo llegan al Nuevo Continente las cornetas. Allí debieron aclimatarse pronto, y estuvieron sonando para nuestras tropas hasta el 18 de noviembre de 1825, fecha en que capituló la guarnición del castillo de San Juan de Ulúa —última presencia de España en el Continente—, tras una increíble resistencia de cinco años después de finalizar la guerra de emancipación mexicana. De estos finales del flamear de nuestra Bandera en Nueva España, procede, sin la menor duda, la «Diana tradicional» que hoy interpretan las bandas de guerra mexicanas —¡incomparable la sonoridad de esas cornetas, como la de las trompetas de sus mariachis!— que es la misma que marca la Ordenanza de la época, y que hoy sigue sonando en las de nuestras unidades a pie, aquella a la que pusieron graciosa «letra» nuestros soldados del XIX:

«*Quinto, levanta,
tira de la manta...*»

Las cornetas de San Juan de Ulúa son las mismas de que nos habla Víctor M. Concas en su sobrecogedor relato de la histórica jornada del 3 de julio de 1898, cuando se ordenó con sus toques la salida de nuestra escuadra del puerto de Santiago de Cuba (allí estaba, como joven instrumentista de una de nuestra músicas de la Escuadra, Feliciano Ponsa, después autor de la gran marcha «Heroína»), en la última acción naval española en el Nuevo Mundo. «*Mis cornetas* —escribe el bravo Concas— *hicieron sonar el último eco de aquellas que la historia cuenta que se escucharon el día de la toma de Granada. ¡Era la señal del fin de cuatro siglos de grandeza!*».

En lo que se refiere a la Caballería, nos habla Pereira Salas, en «Los orígenes del arte musical en Chile», del famoso maestro de trompetas Juan Hermoso de Tejada, que figuraba, en 1536, en la expedición del Adelantado Diego de Almagro. Hoy podemos ver en un cuadro existente en el Museo del Castillo de Chapultepec, en la capital mejicana, un desfile de la comitiva del Virrey, que atraviesa la plaza mayor de la capital, más o menos en 1760, y en el que figuran unas trompetas de la Compañía de jinetes de la guardia del palacio, vistosamente uniformados. Por documentación argentina sabemos que, en 1768, el llamado Cuerpo de Caballería Provincial de Buenos Aires contaba con una banda de veinticinco trompas, dotación instrumental que no encontramos nunca entre las unidades montadas de la Península. Como se sabe, estos cuerpos tuvieron siempre entre nosotros bandas de trompetas y, excepcionalmente —los dragones—, de óboes. En Chile debía haber clarines del tipo de los de nuestras bandas de caballería de comienzos del XIX, pues en unas excavaciones realizadas

hace medio siglo en el fuerte de Tucapel, fue hallado uno de estos instrumentos de la caballería, procedente de la época española. Bueno anota en su libro antes citado, junto al precioso uniforme de nuestros húsares de Tejas, de 1804, que cada compañía contaba con 140 de estos soldados, seis cabos y *un trompeta*. De aquellos días, de la contienda por la independencia argentina, es el Regimiento de Granaderos a Caballo que mandó San Martín, y que sería «recreado» por decreto del Presidente Roca, el 25 de mayo de 1903. Esta unidad, destinada a dar escolta al Jefe del Estado Argentino, cuenta con una soberbia banda de música a caballo al estilo de las que mantuvo Alemania hasta la Segunda Guerra Mundial o las que tienen hoy Francia para su Escolta Presidencial o Italia para sus Carabinieri.

Sabemos que las nuevas unidades del Ejército Argentino independiente contaban con músicas, por una anécdota leída en algún comentario discográfico. Un patriota mendocino, don Rafael Vargas, formó una banda de dieciséis instrumentistas para ofrecérsela a San Martín, ya Jefe del Ejército de los Andes. Este grupo, unido a otro reclutado en las provincias de Cuyo por el mayor Lucio V. Mansilla, integró la música del Regimiento n.º 11 de Infantería. Necesitado de brazos para el combate más que de músicos, San Martín la aceptó, no obstante, porque *«además de conocer el importante influjo que la música ejerce sobre el soldado, en las otras unidades también existían...»*. En Venezuela, las bandas militares de música cobran gran auge en los días de la Independencia. Dice J. I. Pérez Perazzo: *«Los grupos musicales interpretaban piezas populares: la cachupina, la conga, alegres bambucos, danzas y contradanzas eran los aires que animaban a los soldados patriotas durante las batallas. Seguramente una brillante fanfarria enmarcaba el final triunfal de las batallas y los lánguidos toques de silencio subrayaban las derrotas y la muerte. Además de los lógicos y esenciales toques de llamadas y dianas patriotas y realistas...»* Hubo bandas que alcanzaron gran fama por aquellos días, como la del Batallón de la Reina y la del Batallón Veteranos, que sirvió a los realistas y, desde 1813, a las fuerzas patriotas.

«Mariño —escribe el mismo autor—, a la cabeza de esta afamada agrupación musical, entró triunfante en Cumaná. El 27 de septiembre de 1816, luego de la batalla de El Juncal, se encontraron, entre los prisioneros capturados por los patriotas, veinticuatro músicos que habían sido llevados desde Caracas (...) La carga triunfal de la batalla de Boyacá fue acompañada por una alegre contradanza interpretada por una banda dirigida por José María Cansino. Luego de la triunfal batalla, la contradanza recibió el título de La Vencedora. Los batallones Voltigeros, Rifles, Legión Peruana, Número 1 del Perú y Vencedor poseían sus bandas regulares que animaban a los soldados con su alegre repertorio...» La música patriótica causará en Venezuela la muerte de algunos autores por los realistas. Así, J. A. Caro de Boesi, un popular compositor, es fusilado en 1814 por su contribución musical independentista, como su compatriota Juan José Landaeta, autor del himno de su país. En el año anterior, un compositor mejicano,

José Mariano Alizaga compuso en un himno dedicado a Morelos que le valió el procesamiento y una dura condena posterior.

Las bandas militares de Hispanoamérica no encontrarán su verdadero cauce orgánico hasta el último tercio del siglo XIX. En Argentina, un decreto de 30 de abril de 1865, firmado por el Presidente Mitre, crea las músicas de los Regimientos de la Guardia Nacional. El 28 de octubre de 1895 nace allí la Inspección General de Bandas, a cuyo frente se pone el teniente coronel músico Saturnino Filomeno Berón. Es éste el verdadero punto de partida de las bandas militares argentinas y, en definitiva, de la moderna Música Militar de aquel país. De la misma época es el arranque de la nueva formación instrumental militar venezolana, con la creación, en diciembre de 1864, de la Banda Marcial Caracas, por decreto del mariscal Falcón. Esta agrupación progresará rápidamente gracias a la solvencia de sus directores, los maestros Abbiati, Cajano, Montero, Villena y Sucre. Chile debe quizá el arranque de sus bandas militares al ministro Diego Portales (1813), que comisionó al compositor José Zapiola Cortés para dotar a las Milicias Cívicas de sus correspondientes bandas de música. El maestro llevó a cabo tan a la perfección su cometido, que dejaría para siempre vinculado su nombre a la historia de la música militar chilena. Zapiola nos legó, además, una inmortal composición castrense, el «Himno a la victoria de Yungay». También contribuyeron a la estructuración de las bandas del Ejército chileno dos compositores llamados Gumersindo Ipizan y Manuel Mancilla, autores de otro himno dedicado a una unidad de decisiva participación en la llamada Campaña del Pacífico (1879), con el título «Adiós al 7.º de línea».

En Méjico, la llegada en 1878 del gran director de música militar capitán Payén al 8.º Regimiento de Caballería supone un hito decisivo para las bandas del Ejército. Payén, que a los diecinueve años dirigía la formación instrumental del Regimiento de Infantería de la Garza, era un formidable conductor que elevó el nivel técnico y artístico de la banda de la Caballería hasta hacerla obtener al siguiente año la Medalla de Oro del Certamen de conjuntos de esta clase, celebrado en Tépíc, y, en 1884, la de Oro y Brillantes en el de Nueva Orleáns. Payén vino a España en octubre de 1892 con su extraordinaria banda, para tomar parte en la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento y causó un verdadero asombro por la calidad de sus interpretaciones. Decía la prensa que el maestro Chueca aseguró «no haber escuchado nunca la "Jota de los ratas" de su "Gran Vía" como la ofrecieron los músicos aztecas...». La banda dio numerosos conciertos y desfiló en muchas ocasiones por las calles de Madrid, siendo seguidos los músicos entusiastamente por el público, que incluso se ponía a bailar al compás de una pegadiza partitura del compositor mejicano Florentino Rosas que ellos dieron a conocer a los habitantes de la Capital: «El vals de las olas». La Reina Cristina distinguió a Payén con la Encomienda de Isabel la Católica y se entregaron a la banda placas y coronas de oro y plata en los numerosos homenajes que se le tributó.

A fines del XIX y principios de nuestro siglo, las bandas militares de Hispanoamérica se dejan influir en buena medida, como los propios ejércitos del Nuevo Continente, por la organización, uniformidad y repertorio de Francia y Alemania —en algunos casos, de EEUU, como Cuba, Panamá o Santo Domingo—, si bien mantienen en la composición de marchas y cantos la jugosa inspiración autóctona que fue siempre su más destacada característica. Así, la «Marcha de San Lorenzo», argentina, compuesta en 1901, la más representativa, quizá, de todas las músicas de aquel Ejército, se debió al director de banda militar capitán Cayetano Alberto Silva (1868-1920). En Perú, la influencia de la música militar francesa se ha dejado notar, igual que sucediera en tiempos con ciertos aspectos de la uniformidad, como ocurrió con la Guardia Presidencial. De este ascendiente dan fe títulos como «Parada de gala», de F. A. Sannicandro, o algunos pasajes de «Estado Mayor», o de «Séptimo de Línea», ambas de José S. Libornio. De todos modos, las características melódicas genuinas —y aun ciertos rasgos españoles— están bien presentes en la mayor parte de las composiciones militares de este país, especialmente en títulos como «Marcha de Zurumilla», de Constantino Freyre, o «Escuadra Peruana», de Libornio. Perú alcanza hoy un nivel de la máxima brillantez en su composición castrense con Moisés Vivanco y su obra «Quinto Centenario» Marcha de Honor con Cornetas y Tambores. Chile se dejó influir a fines del siglo anterior y a principio de éste en mayor medida por las formaciones musicales alemanas —plantillas, instrumentaciones...— que por las pautas de composición germana. Aunque títulos como «Cuando flamea mi Bandera» tienen arquitectura prusiana —algunos más quizá—, casi todas las composiciones ponen de manifiesto una entraña destacadamente nacional. A veces, rasgos españoles sobrevuelan composiciones, como «Honor al Regimiento Chacabuco» o «Adiós al 7.º de línea», de la que ya hemos hablado. Méjico creó un atractivo repertorio con sus famosas canciones revolucionarias, entre las que se cuentan títulos que desbordaron ampliamente sus fronteras —en la guerra civil española se escuchó mucho «La cucaracha»—, para llegar, incluso, a la garganta de grandes intérpretes internacionales como Nat King Cole, que, como es sabido, hizo de «Adelita» una de sus más atractivas creaciones. Este título, interpretado por la Banda del Cuerpo de Guardias Presidenciales, resulta una marcha militar llena de alegre espíritu, como nuestra «Banderita», pongamos por caso. Entre las marchas militares mejicanas hay magníficos ejemplos de inspiración como «Zacatecas» o «La dragona».

La isla de Puerto Rico tuvo, en época de la presencia española, los mismos tipos de bandas que las restantes fuerzas continentales y peninsulares. Las unidades de voluntarios también mantienen sus charangas, que eran iguales que las de nuestras unidades de cazadores. Con la llegada de Norteamérica, las tropas de este país llevaron a Puerto Rico sus formaciones instrumentales, cuya influencia se extendería, incluso, a los conjuntos civiles de municipio o asociaciones. Una canción genuinamente puertorrique-

ña, «Alma boricúa», se convirtió, aunque no de modo oficial, en la marcha de la Guardia Nacional. Es también de destacar la llamada «Marcha del 65 de Infantería», compuesta por Alexis Brau en 1950, algún tiempo antes de que dicho regimiento fuera trasladado a Corea como parte del contingente de tropas enviado allí por los Estados Unidos. El título ha sido incorporado ahora al repertorio de la Guardia Nacional.

En los EE.UU. de fines del XVIII, el nuevo ejército hereda las sonoridades castrenses británicas de pífanos y tambores para la infantería, y las trompetas o clarines para las unidades de caballería. Se ha dicho que fue el propio Jorge Washington quien alentó, en 1779, la creación de bandas militares en el naciente ejército norteamericano, con individuos formados en los antiguos grupos musicales de los regimientos británicos de la época colonial. Pero se adelantarian los estamentos civiles al crear el municipio de Temple, en New Hampshire, la primera formación musical de armonía —trompetas, clarinetes, oboes, trompas y tambor— de la Norteamérica independiente. La primera banda militar estadounidense nació, de manera oficiosa, en 1791, en el regimiento n.º 2 de infantería. Esta formación instrumental, junto a las creadas en 1798 por el cuerpo de artillería —aunque se dice que, de modo particular, éste las tenía ya desde 1777— para sus regimientos 3.º y 4.º, y la organizada por la marina, sentarían las bases de la música militar norteamericana. Las bandas militares alcanzan extraordinaria popularidad en la Guerra de Secesión. Por todos lados surgen agrupaciones musicales que animan a los combatientes, tanto en el campo de batalla como en la retaguardia. A este respecto, se ha escrito que las bandas de ambos ejércitos realizaron una importante labor al ofrecer conciertos en los hospitales del ejército.

La música militar norteamericana encuentra su nivel culminante con John Philip Sousa.

En Canadá siguieron —y conservan— las bandas militares de música las mismas características que las de Inglaterra. Sus composiciones mantienen también el estilo de las del Reino Unido, aunque hay que señalar una considerable influencia francesa en muchas de ellas. Tal es el caso de «La Canadienne», el título nacional más cantado en Quebec después de «Oh, Canadá». Se trata, al parecer, de una vieja tonada francesa, inspirada en la que llevaba el título de «*Par derrière' chez mon père*». Esta melodía ha sido introducida por muchos compositores en obras instrumentales y ha dado, incluso, motivo a la creación de una opereta. En 1939 esta pieza se convirtió en la marcha oficial del 22 Regimiento Real. De ella se han hecho numerosas grabaciones fonográficas.

En Portugal, la Música Militar sigue una trayectoria muy parecida a la española, llegando a contar con gran número de bandas a finales del siglo XIX y comienzos de la presente centuria. Pero allí es particularmente interesante el proceso que siguen las bandas de la Marina. Se sabe que en 1740 el primer Tercio de la Armada Real contaba ya con una excelente formación musical. Desde entonces hasta hoy, esta banda ha pertenecido

a la Brigada Real de la Marina, al Batallón Naval, al Cuerpo de Marineros Militares y al Grupo n.º 2 de Escuelas de la Armada. En la actualidad está afecta al Mando de las Instalaciones Navales de Alcántara. Esta y otras músicas militares portuguesas participan en los Festivales de Música Militar que organiza el Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas, así como en los certámenes internacionales de la especialidad. Es curioso resaltar que la primera grabación gramofónica realizada en Portugal —el registro ha sido hallado recientemente en Hannover— corrió a cargo de la Banda de la Armada y se llevó a cabo el 3 de abril de 1903 en el Cuartel de Marineros de Alcántara. Otras formaciones instrumentales militares de Portugal son la centenaria Banda de la Guardia Fiscal, de la Força Aérea, que ha participado en festivales de la OTAN en diversas ocasiones, y con gran éxito, y la de la Guardia Nacional Republicana. Entre las marchas más interesantes, destacaremos «Avante Portugal» (Helder M. Ribeiro), «Botao de ancora» (M. María Baltazar), «O aviao» (Doménico Maia) o «Sentinelas» (Tomaz Barba) y la marcha «Infantes do 6.º» de Amilcar Fonseca de Morais.

INDICE

	Páginas
I - Presentación	5
II - Programa	7
III - Las Obras	11
IV - Los Intérpretes	25
V - Notas sobre la Música Militar del Nuevo Continente	31



MINISTERIO DE DEFENSA